

gentes se atribuyó á que, paseándose juntos por las calles de Huichapan, Sanchez se puso á la derecha de Villagran, de lo cual quedó resentido el último (1); pero segun el historiador D. Lucas Alaman, el motivo verdadero fué el deseo que Villagran tenia de quedarse con el mando. Cualquiera que el motivo fuese, los resultados fueron terribles. Villagran, odiando ya interiormente á Sanchez, se propuso matarle en la primera ocasion que se presentara. No tardó ésta en llegar. El momento que deseaba se le presentó en casa del cura de Alfajayucan, donde encontró á Sanchez, acompañado de un tal Cisneros y de otro individuo. «Villagran, á caballo, con la lanza en la mano y algo tomado de vino, se echó sobre ellos y les quitó á todos la vida» (2).

1810. Mientras el brigadier D. Félix Calleja y el
 Octubre. conde de la Cadena verificaron su reunion en el pueblo de Dolores para dar principio á la campaña, el cura Hidalgo seguia su marcha hácia Méjico, mirando aumentar diariamente las filas de su numeroso ejército. El virey Venegas, al tener noticia de su proximidad, destacó para que observase sus movimientos, al teniente coronel D. Torcuato Trujillo (e), que habia ido con él de España, militar valiente, instruido y pundonoroso, á quien apreciaban sus compañeros de armas por su saber y su serenidad. El virey puso á sus órdenes el regimiento de infantería provincial de Tres Villas, compuesto de dos batallones de cuatrocientas plazas cada uno, al mando

(1) Bustamante: *Cuadro hist.*

(2) Alaman: *Hist. de Méjico.*

de su mayor D. José de Mendivil, natural de Veracruz, y una corta fuerza de Dragones de España. Solicitó acompañar á Trujillo en esta expedicion D. Agustin de Iturbide, cuya solicitud se aceptó con gusto. El jefe realista llegó á Toluca, poblacion que dista diez y seis leguas de la capital. Acto continuo hizo que se situase una avanzada de dragones en el puente llamado de D. Bernabé, sobre el rio Grande ó de Lerma, situado entre Toluca y el pueblo de Ixtlahuaca. Tomada esta disposicion, Trujillo se propuso atacar al cura Hidalgo, y el 27 de Octubre salió de Toluca hácia Ixtlahuaca, que distaba nueve leguas, donde se hallaba el caudillo de la revolucion. No

1810. pudo el jefe realista realizar su atrevido in-
 Octubre. tento, pues cuando se dirigia al pueblo mencionado, vió llegar por el camino, en precipitada fuga, á las siete de la noche, á la partida de dragones que tenia destacada en el puente. Advertido Trujillo, por los que se habian retirado, de que el cura Hidalgo avanzaba con todo su ejército hácia Toluca, viendo perdido el puente y las posiciones inmediatas que eran importantes para el plan que llevaba, tuvo precision de contramarchar á Lerma, que está cuatro leguas mas cerca de Méjico, esto es, á doce de la capital. Eran las doce de la noche cuando llegó á la poblacion. El punto reunia condiciones militares, y le ofrecia una excelente posicion para detener la marcha del ejército contrario. Inmediatamente situó su gente en la orilla del mismo rio Grande que pasa por aquella pequeña ciudad formando una isleta en que está edificada la poblacion, y mandó abrir una cortadura y levantar un parapeto, para poder sostener con escaso nú-

mero de tropas el puente, que era la principal avenida y una excelente posición. Trujillo esperaba verse atacado de un momento á otro por las fuerzas del cura Hidalgo; pero viendo el día 28 que no se presentaban, sospechó que habían marchado hácia el puente de Atengo, situado algunas leguas mas arriba, con objeto de cortarle la retirada y atacarle por la espalda (1). Para evitar que el cura Hidalgo realizase el intento que él sospechaba, destacó inmediatamente una fuerza para defender el importante paso, y envió una orden al subdelegado de Teanguistengo para que cortase el puente, orden que no llegó á ejecutarse con puntualidad, quedando así frustrada la pre-

1810. caucion del jefe realista. El día 29 se dejaron
 Octubre. ver numerosas columnas insurgentes por el camino de Toluca simulando un ataque; pero Trujillo sospechó que no era mas que un amago falso, y que el verdadero movimiento lo harían sobre el puente de Atengo, que lo suponía ya cortado como había dispuesto, y cuyo punto, por lo mismo, lo juzgaba asegurado. Contra la fuerza que se presentó en el camino de Toluca salió el capitán D. Pedro Pino, con su compañía del regimiento provincial de Tres Villas, que obligó á retroceder á sus contrarios, causándoles algunos muertos y haciéndoles varios prisioneros. Como el ataque de las tropas insurgentes por el expresado camino no tenía por objeto mas

(1) Véase el plano sacado de la historia de Torrente. No conocía Trujillo el terreno en que tenía que operar, y según asegura D. Carlos María de Bustamante en su *Cuadro hist.*, el cura de Lerma, Viana, fué quien le dió todas esas noticias.

que dar tiempo á que el grueso del ejército se apoderase del puente de Atengo y lo pasase, las fuerzas que se acercaban amagando, fácilmente se retiraban, volviendo de nuevo al simulado ataque. En uno de éstos, en que cargaron con bastante empuje, retirándose luego, salió en persecución de ellos el capitán de dragones de España, D. Francisco Bringas, con una fuerza de patriotas que mandaba, siguiendo su alcance hasta ahuyentarlos á distancia de una legua, matando á varios y haciendo algunos prisioneros.

1810. Cuando mas seguro se hallaba el jefe rea-
 Octubre. lista de que las tropas de Hidalgo encontrarían roto el puente de Atengo y se verían precisadas á atacarle en las posiciones que ocupaba en Lerma, recibió un parte, enviado por el oficial encargado de defender aquel punto, en que le decía que las fuerzas contrarias se dirigían al puente, y pidiéndole refuerzos. Trujillo le envió inmediatamente el auxilio que pedía, destacando al capitán de las Tres Villas, D. Antonio Argüelles, con cincuenta hombres de un cuerpo, y el capitán de dragones de España, D. José Pérez, con veinte ginetes; pero antes de que llegasen, los insurgentes habían forzado ya el paso, y se dirigían por el camino de Santiago á ocupar el único punto por donde podía retirarse el ejército realista, tomando á éste por la espalda. Trujillo se vió entonces precisado á replegarse al monte de las Cruces con uno de los batallones de Tres Villas, dejando cuidando el puente de Lerma al otro batallón del mismo nombre, al mando de D. José Mendivil, con un piquete de dragones de España, mandado por el capitán D. Francisco Brin-

gas. El jefe realista, al dirigirse al monte de las Cruces (1), fuerte posicion distante seis leguas de la capital, que domina el camino de Toluca, dispuso que dos compañías del provincial de infantería de Méjico que el virey Venegas le enviaba de refuerzo, se situasen en el lugar á donde él se dirigia, y que señaló de punto de reunion para todas sus tropas, á medida que fueran replegándose. A las cinco de la tarde del mismo dia 29, dejó Mendivil el puente de Lerma para reunirse á Trujillo, sosteniendo su retirada el capitan Bringas con su corta fuerza de dragones de España, dejando todavía en el puente al capitan D. Pedro Pino, que permaneció allí hasta entrada la noche, en que se retiró, como estaba, haciendo frente durante la tarde, á mas de dos mil hombres que intentaban forzar el paso. A las cinco de la tarde, media hora despues de hallarse Trujillo en la posicion del monte de las Cruces, aparecieron las fuerzas insurgentes que se habian dirigido, con marcha rápida, con el intento de ocupar el mismo sitio antes que los realistas; pero fueron reprimidas por el fuego de la vanguardia y avanzada.

1810. Al mismo tiempo que el teniente coronel Octubre. D. Torcuato Trujillo distribuia convenientemente sus fuerzas en el monte de las Cruces, el cura Hidalgo preparaba sus numerosas huestes para atacarle y penetrar en la capital. El ejército del caudillo de la in-

(1) Se llama monte de las Cruces porque siendo paraje en que con frecuencia asaltaban los bandidos á los pasajeros, habia muchas cruces, pues era costumbre en el pais poner una en cada sitio en que habia sido asesinado algun caminante.

dependencia pasaba de ochenta mil hombres. «Entre ellos venian», segun se asienta en un artículo del *Diccionario Universal de Historia y Geografia*, «á pié ó á caballo, los regimientos que habian tomado parte en la revolucion, rotos y sucios los uniformes, sin oficiales, en espantosa indisciplina, habiendo vendido muchos soldados sus fusiles, las bayonetas y los cartuchos, trayéndoles el desórden á semejante ruina. El resto era una chusma de indios y de gente del campo, con piedras, con palos, con malas lanzas, sin organizacion de ninguna clase, presentando un espectáculo horroroso y repugnante. Las hordas desnudas y hambrientas venian mezcladas con un sinnúmero de mujeres cubiertas de harapos y con muchachos: eran familias enteras que se dirigian en busca de algo de que aprovecharse, como si se tratara de las antiguas emigraciones aztecas.»

La noche se pasó sin la mas leve novedad, aunque con suma vigilancia en el campo realista.

Eran las ocho de la mañana del martes 30 de Octubre, cuando se escucharon los primeros tiros disparados por las guerrillas. La accion empezó por la *gran guardia* de caballeria realista, del camino real, que mezclándose en la lucha con los ginetes contrarios, combatió con notable bizarría, causando varias bajas en sus antagonistas, y sufriendo á su vez la pérdida de un valiente cabo que murió llamando la atencion por su arrojo, y de dos dragones heridos. Entonces salió de la posicion D. Francisco Bringas en auxilio de la *gran guardia*, y arrojándose sobre sus contrarios, les obligó á retirarse causándoles algunos muertos y cogiendo varios prisioneros. Informado

Trujillo por uno de éstos, que dentro de muy breves instantes se presentaría á atacar la posición el grueso del ejército independiente, distribuyó sus soldados, aprovechando las ventajas del terreno para recibir con firmeza al enemigo. La escaramuza entre las guerrillas insurgentes y la *gran guardia* realista, era el preludio de la batalla. Comprendiendo Trujillo la influencia que ejerce en el soldado la voz del jefe cuando se aproxima el momento del combate, dirigió la palabra á sus tropas, excitándolas á la lucha con la esperanza del premio á que por su bizarro comportamiento se harían acreedoras. La contestación fué, que no aspiraban á otra recompensa que á combatir, como soldados fieles á su rey y á su patria. Cuando el jefe realista se ocupaba en disponer la fuerza para contener al ejército contrario que esperaba ver presentarse de repente, recibió un oportuno refuerzo enviado por el virey. Consistía el refuerzo en dos cañones de á cuatro, dirigidos por el teniente de navío D. Juan Bautista de Ustariz (e), que fueron escoltados por cincuenta voluntarios, al frente de los cuales iba el capitán D. Antonio Bringas (e), por doscientos setenta y nueve negros y mulatos, criados de las haciendas de D. Gabriel Yermo, y por cincuenta de la misma raza que envió el mejicano D. José María Manzano, dueño de las haciendas de Atlihuayan y Apanquesalco (1).

(1) Trujillo en su parte, dice que fueron 150 los mulatos que envió Yermo; pero éste, en una relación que publicó de sus servicios, afirma que fueron 279. Como en el parte de Trujillo solo se hacía mención de los criados de Yermo, Manzano reclamó el que no se hubiese hecho memoria de los suyos, y entonces se hizo la correspondiente rectificación en la *Gaceta*, de orden del virey.

Todos estos negros y mulatos eran nacidos en el país, estaban dotados de extraordinario valor, querían notablemente á D. Gabriel Yermo, que era generoso y amable con ellos, y se manifestaron leales siempre á la causa realista. Así ellos como los enviados por D. José María Manzano, iban armados de lanzas y de machetes. El pequeño ejército realista se componía de mil ochocientos hombres de caballería y de dos piezas de artillería de á cuatro (1). Todos los que lo formaban eran mejicanos. No había más españoles en él que Trujillo, Ustariz, Bringas, sus voluntarios, y unos cuantos oficiales. Ninguno de los soldados

(1) Don Emilio del Castillo Negrete, dice que no le parece exacto que la fuerza de Trujillo no excediese de mil cuatrocientos hombres, y la hace subir á dos mil quinientos, dándole así mil combatientes más de los que realmente tenía. D. Lucas Alaman, que no fué contradicho en su aserto cuando vivían muchas personas que vieron salir á Trujillo con su división, asienta que la fuerza total de éste ascendía á mil cuatrocientos, y D. Carlos María de Bustamante, que se hallaba en Méjico en los momentos de salir la columna, y que es de suponerse que contara el número de gente que llevaba, no la hace pasar de mil quinientos hombres. Se ve, pues, que aunque tenemos la cifra mayor de lo asegurado por los historiadores que vivieron en la época de los sucesos que refieren, el ejército de Trujillo se componía de mil quinientos hombres. El error del señor Negrete, al aumentar ese número, que es el exacto, ha partido de cierta oscuridad que resulta de la explicación que hace el señor Alaman al mencionar los cuerpos de que se componían las tropas. «El virey Venegas, dice, destacó al teniente coronel D. Torcuato Trujillo, poniendo á sus órdenes el regimiento de infantería provincial de Tres Villas, de dos batallones con ochocientos hombres al mando de su mayor D. José de Mendivil.» De aquí parte la equivocación del Sr. Negrete, pues cree que se menciona el regimiento de Tres Villas y además dos batallones, siendo así que Alaman quiere decir que el regimiento de Tres Villas se componía de dos batallones con cuatrocientas plazas cada uno.

que allí se encontraban se habian visto en accion de guerra. Era la primera batalla que iban á presenciar y á ser actores en ella. La prueba á que se les ponía era imponente sobremanera.

1810. Eran las once de la mañana cuando el
 Octubre. cura Hidalgo presentó su columna de ataque. El plan de batalla fué dispuesto y dirigido por D. Ignacio Allende, que manifestó en él, así como en las disposiciones que tomó para cortar á Trujillo en Lerma, talento militar, y acierto en las personas encargadas de ejecutar sus buenas disposiciones (1). Acompañado en sus determinaciones de D. Juan Aldama, D. Luis Malo y Don Mariano Gimenez, dió á los dos primeros el mando de la infantería, al tercero el de la artillería, compuesta de cuatro cañones, dos de bronce y dos de madera, y él reservó para sí el mando de la caballería.

(1) Don Emilio del Castillo Negrete, dice en su obra *México en el Siglo XIX*, que el cura Hidalgo dirigió la acción, lo cual no está de acuerdo con lo que asientan los historiadores mas caracterizados que vivieron en aquella época y tuvieron motivo para narrar con exactitud los hechos. D. Lucas Alaman, que escribió cuando vivian muchos de los que presenciaron la batalla, dice que, «por parte de los insurgentes dirigió la accion Allende, y sus disposiciones fueron tomadas con acierto para cortar á Trujillo en Lerma, así como en el acto del combate, y en la colocacion de la batería, cuyos fuegos molestaban tanto á los realistas.» Este aserto de Alaman nadie lo llegó á desmentir. Don José María de Liceaga, en sus *Adiciones y Rectificaciones*, dice lo mismo. Hé aquí sus palabras: «En vista de que Hidalgo no manifestaba plan alguno para el ataque, se encargó oficiosamente Allende de dirigirlo, y acompañándose á ese fin con D. Juan Aldama, D. Luis Malo y D. Mariano Gimenez.» Natural, con efecto, parece que Allende, que era militar, formase el plan, lo cual en nada perjudica á la reputacion del cura Hidalgo, pues en éste no existía motivo para que tuviese conocimientos militares, por entendido que fuera en otras

1810. A la cabeza del ejército independiente iban
 Octubre. las cuatro piezas de artillería servidas por soldados del batallon de Guanajuato, seguian las compañías de infantería de Celaya, el regimiento de igual clase de la provincia de Valladolid, marchaba luego el batallon de Guanajuato, al cual pertenecian, como he dicho, los que manejaban la artillería; y en los costados y en la retaguardia los regimientos de artillería del Príncipe, de Pázcuaro y de la Reina, tropas de igual calidad á las realistas, y dobles en número; con las que habian estado en el acantonamiento de Jalapa, que manifestaron igual instrucción en los ejercicios y simulacros de guerra verifi-

materias. No creo que es justo que se prive á D. Ignacio Allende, que trabajó con infatigable afán por la independencia, del elogio que merece por las acertadas disposiciones que tomó en la batalla. Es sensible, por lo mismo, que Don Emilio del Castillo Negrete, atribuya al cura Hidalgo esa gloria que le corresponde á Allende, presentando á éste aun inferior en conocimientos militares al primero y como un simple ejecutor de los planes de batalla concebidos por el caudillo de la independencia, lo cual no está de acuerdo con lo que asientan los mas acreditados historiadores de aquella época. «El Sr. Hidalgo, que ante todo deseaba evitar la efusion de sangre,» dice el Sr. Negrete, «después de haber meditado un nuevo plan de operaciones que le produjera aquellos resultados, en junta de guerra propuso á Allende y á otros de sus generales el plan que habia concebido,» el cual, añade, «fué aprobado unánimemente.» Esto, con respecto al paso por el puente de Atengo, para flanquear á Trujillo. Refiriéndose al plan de batalla que en seguida se verificó en las Cruces, se expresa así: «El Sr. Hidalgo, colocado en el punto mas alto de aquella montaña, presenciaba y dirigia los movimientos de su valiente ejército.» En esta descripción del Sr. Negrete, no se le deja á D. Ignacio Allende, como ve el lector, mas que el oscuro papel de ejecutor, cuando le pertenece la gloria de la concepcion del plan, y la de haber combatido con notable valor. En nada perjudica al nombre de Hidalgo que no dirigiese la accion, puesto que no era militar: por el contrario, en que confiase el plan á Allende, manifestaba que tenia el gran talento de saber elegir los hombres y de que era ageno á la vanidad.

cados entonces, pero que habian perdido mucha parte de la disciplina, y que se hallaban sin jefes y sin oficialidad. Las demás fuerzas del ejército de Hidalgo, se componian de indios, cuyo número, como he dicho, excedia de ochenta mil hombres, armados de lanzas, piedras, hondas y palos, y provistos de sacos una gran parte de ellos, pues contando como segura la entrada en la capital, iban preparados para llevarse lo que cogiesen (1). Esta inmensa muchedumbre de indios, se extendió por el frente y los costados de la posición ocupada por los realistas, dando horribles alaridos para inspirar terror en sus contrarios. Numerosas masas de caballería, compuesta de la gente del campo, armadas de lanzas, machetes y algunas carabinas, estaban tendidas en el camino de Toluca y en todos los sitios en que se podia manejar el corcel. La presencia de aquel considerable ejército, cuyos multiplicados batallones amenazaban ahogar bajo su número á los que habian osado esperarle; los gritos espantosos y amenazantes de los indios; la imponente firmeza de las tropas disciplinadas que en el mayor silencio y en número doble al de las realistas, evolucionaban diestramente, y el movimiento incesante de los millares de ginetes que armados de lanzas, ocupaban los caminos y los sitios llanos, hubieran puesto espanto á los soldados mas aguerridos del mundo; pero la serenidad, sangre fria y denuedo que los mejicanos demostraron en esos momentos augus-

(1) *Diccionario Universal de Historia y Geografía*.—Don José María Lieceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.—Alaman: *Hist. de Méj.*—Arrangois: *Méjico desde 1808 hasta 1867*.

tos que preceden al combate, y el valor, la constancia y el orden que continuaron manifestando durante la batalla, hacen honor á los hijos de aquel país, y prueban de una manera patente, que son capaces de los mas heroicos hechos, cuando son entendidos en el arte de la guerra los jefes que los conducen al combate. No manifestaron cualidades menos brillantes los cuerpos disciplinados que constituian la fuerza mas sólida del ejército independiente, y en los cuales Allende tenia puesta su mayor confianza. Ninguno de esos cuerpos se componia de indios, pues habian estado exentos del servicio de las armas, sino de individuos que participaban de la raza española y de la del país; raza llena de inteligencia, de afabilidad y de valor, que forma el núcleo de la actual nación mejicana.

1810. El jefe realista D. Torcuato Trujillo, para
 Octubre. aprovechar los tiros de los dos cañones de á cuatro que le habia enviado el virey pocos momentos antes, los colocó en los puntos que juzgó mas ventajosos, y mandó cubrirlos de ramas para ocultarlos á la vista de sus contrarios y aumentarles la confianza, con el fin de que el estrago fuera terrible cuando se aproximasen. Al mismo tiempo que verificaba este acto de estrategia, dió orden de que fuesen replegándose con buen orden hasta la línea en que él estaba, todas las partidas de guerrillas, sin empeñarse en acción ninguna. Efectuado el movimiento, las fuerzas del cura Hidalgo avanzaron en el orden que dejo referido hasta aproximarse á la posición que ocupaban sus contrarios. Trujillo mandó entonces romper el fuego de metralla á la artillería, que, causando terrible

mortandad en las filas independientes, puso en desorden la cabeza de la columna, la cual, retrocediendo, rompió el fuego de sus cuatro cañones, quedando la infantería á distancia conveniente. Mientras la artillería de los insurrectos lanzaba sus balas sobre los soldados realistas, Allende, reuniendo una fuerza de mil doscientos hombres de sus mejores tropas disciplinadas, las situó en un pequeño llano, á distancia corta de la posicion enemiga, encargando la defensa del punto á D. Juan Aldama y á Don Luis Malo. Viendo Trujillo que no intentaban acometerle, como habia esperado, y que se habian situado en sitios de donde podian ofenderle, ordenó que el capitán D. Antonio Bringas, saliendo de una emboscada en que le tenia situado, acometiese por el flanco derecho de los independientes, con sus voluntarios y los lanceros de Yermo, sostenido por dos compañías de Tres Villas, al mando del subteniente D. Ramon Reyes, mientras que otras dos compañías, tambien del regimiento de Tres Villas y una del provincial de Méjico, ocupaban un monte inaccesible por su excesiva pendiente y abundantes pinos, para romper desde allí un fuego nutrido, dominando el flanco izquierdo del enemigo. Estas últimas fuerzas las conducia el teniente D. Agustin de Iturbide, á quien el jefe realista, conociendo su inteligencia y su serenidad, le habia encargado que las colocase y las dejase situadas convenientemente. El capitán Bringas se lanzó con ímpetu terrible sobre la derecha de los insurgentes. Era precisamente el punto en que Allende habia situado la gente escogida de su ejército, los mil doscientos hombres de tropas disciplinadas al mando de D. Juan Aldama y de

D. Luis Malo. El encuentro fué, por lo mismo, allí, excesivamente empeñado y sangriento. Era ya muy cerca del mediodia, y el combate empezaba á generalizarse. Bringas, con la gente que mandaba, hacia prodigios de valor, procurando desordenar á sus contrarios; pero Aldama y D. Luis Malo, batiéndose con denuedo, le oponian terrible resistencia, y aun la gente de campo, llamada ranchera (1), que formaba una parte considerable de la caballería, no obstante la mortandad que sufría, no se atrevia á abandonar sus puestos al ver el denuedo con que se batian sus jefes. La lucha era cada vez mas tenaz, y en aquel punto, lo mismo que en los otros, insurgentes y realistas se batian con encarnizamiento.

1810. D. Ignacio de Allende, viendo que á pesar del arrojo con que combatian los suyos, se estrellaban sus esfuerzos contra la disciplina y serenidad de las tropas realistas, cuyos certeros tiros causaban horrible mortandad, particularmente en las masas de indios, buscó la manera de poder desconcertar al enemigo por medio de la estrategia. Notando que en las cumbres en que Trujillo habia situado sus tropas, habia una que no se hallaba ocupada todavía, se propuso apoderarse de ella antes de que el jefe realista se hiciese de la posicion. El punto era importante para Allende, pues podia batir desde él por la retaguardia á los realistas. La empresa presentaba algunas dificultades. Una de ellas era hacer el movimiento sin que lo advirtiese el jefe realista, para evitar que destacase una fuerza que tomase posesion del

(1) Derivado de rancho, que es una hacienda pequeña de campo.